

CIENCIA Y MORAL: EL FORMALISMO KANTIANO (*)

Elisa DIBARBORA (**)

Comenzamos esta reflexión teniendo como punto de partida el tema de la vida humana y las vinculaciones con la ética derivadas de la intervención de la tecnología en ayuda, y a veces en reemplazo de los procesos naturales que conducen a desencadenar el comienzo o el final de una vida.

El problema ético no es simple, por un lado se le plantea al científico el inconveniente de que debe ponerse él mismo los límites a sus investigaciones, ya que no tenemos actualmente consenso unívoco respecto, por ejemplo, al momento preciso del comienzo de la vida estrictamente humana, y tampoco respecto al momento de su fin. El científico debe apelar únicamente a su consciencia, reflexionar a la luz de su razón natural, y en algunos casos, aún peor, padecer la propia lucha interna de su racionalidad opuesta a su fe religiosa.

Nuestros preceptos morales entendidos aquí en su significación etimológica, o sea, como costumbres, no son suficientes; éstas son costumbres nuevas. No nos podemos guiar por la historia de como se trató el problema y elegir el camino que más nos convenza. En las últimas décadas la incursión de la tecnología en problemas centrales del ser humano como son la vida y la muerte, el comienzo y el final

de nuestra existencia material, nos lleva a replantearnos nuestra escala de valores tradicionales, nuestros principios éticos. Es aquí donde podemos encontrar una ayuda en la moral kantiana.

Si bien el científico se guía por una máxima individual, casi siempre empírica, su inteligencia le dirá cuáles son las máximas capaces de convertirse en ley universal, y cuáles no.

Al atenernos al contenido material de una acción surgen los problemas: algunos científicos defienden una posición, y otros la contraria, sin poder resolverse quien tiene la razón. Es una discusión de máximas, o sea, de principios subjetivos morales. La finalidad de Kant es encontrar una fórmula igual a las que emplea el matemático, que tenga validez para todos los casos y en cualquier circunstancia.

Los científicos tienen conciencia de la necesidad de cumplir con su deber, pero el problema está en determinar claramente en qué consiste ese deber. Los actos inspirados en el deber no tienen su valor moral en la simple intención. En general se cree que con la buena intención sólo basta y de ello siempre resultará un acto bueno, y no es así. La buena voluntad es la voluntad de someterse a la ley moral. La ley es universal, vale para todos los casos. Generalmente los científicos manejan casos particulares y los toman como ejemplo, a esto responde Kant:

"El peor servicio que puede hacerse a la moralidad es quererla deducir de ciertos ejemplos. Porque cualquier ejemplo que se me presente de ella tiene que ser a su vez previamente juzgado según principio de la moralidad, para saber si es digno de servir de ejemplo originario, esto es de modelo"(1).

En moral no debemos derivar lo que se debe hacer de lo que se hace.

Surge, sin embargo una probable crítica a Kant acerca de la imposibilidad de realizar totalmente actos por deber y que su resultado sea siempre una buena acción, ésta crítica queda invalidada por sus propias palabras:

"El que ningún hombre pueda obrar nunca ajustándose de lleno a lo que encierra la idea pura de la virtud no revela, ni mucho menos, que esta idea sea algo quimérico, pues a pesar de ello sólo esta idea hace posible todo juicio sobre el valor o a la falta de valor moral; por lo tanto, sirve de base; necesariamente, a cuanto se acerque a la perfección moral"(2).

Kant busca la representación de un principio objetivo, llega así al mandato y la fórmula de ese mandato es el imperativo. Respecto a la moral ese imperativo es categórico y en una de sus enunciaciones nos dice:

"Obra como si la máxima de tu acción debiera tornarse, por tu voluntad, ley universal de la Naturaleza" (3).

La grandiosidad del imperativo categórico consiste en ser una guía universal y eterna de los actos humanos. Cuando el imperativo ordena a la voluntad obrar de tal modo que la máxima de nuestra acción pueda convertirse en "ley general de la Naturaleza" alude al orden inmutable que impera fuera de nosotros y pretende que nos acerquemos a él haciendo surgir de nosotros mismos un orden semejante en virtud de la autonomía de la ley moral.

El científico debe preguntarse: ¿Puede la acción que voy a realizar ser universalmente válida?. ¿Aprobaría yo que esta acción se realice sobre mi propia persona o la de un ser querido?. ¿Ayudará mi acción al desarrollo y desenvol

vimiento del orden natural de la humanidad?.

La energía moral del hombre de ciencia tiene que ser, en este punto, su propia garantía.

- (*) Comunicación presentada a las VI Jornadas de Filosofía Jurídica y Social (Santa Fe, 8 al 11 de mayo de 1990).
- (**) Profesora Adjunta de Introducción a la Filosofía y Ciencias Sociales de la Facultad de Derecho de la U. N.R.
- (1) KANT, Manuel, "Fundamentación de la metafísica de las costumbres", Madrid, Edit. Espasa-Calpe, 1963, págs. 52/53.
- (2) CASSIRER, Ernest, "Kant, vida y doctrina", México, Fondo de Cultura Económica, 1968, pág. 297.
- (3) KANT, Manuel, "Fundamentación..."cit., pág. 73.